

EICHMANN
EN JERUSALÉN
Hannah Arendt



REEDICIÓN DE UN LIBRO CLAVE DE HANNAH ARENDT



Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal

75

Dossier: Adelanto de **Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal** de Hannah Arendt (p 1 a 7) / **Anima Mundi:** (p 9) / **Libros:** **Miles de millones** de Carl Sagan (p 10), **Francis Bacon. Entrevistas** de Michel Archimbaud (p 11) / **Tinta fresca** (p 13) / **Nota:** Con **Guillermo Pellegrino** biógrafo de Alfredo Zitarrosa (p 13, 14) / **Rehermann** (p 15) / **Marosa** (p 15) / **Golpe de ojo:** **Federico Rubio** (p 16)

Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal

En 1961 se realizó en Jerusalén un juicio contra Otto Adolf Eichmann, nacido en Solingen en 1906, quien fue uno de los principales oficiales nazis en lo que tiene relación con la administración de la 'cuestión judía' durante la Segunda Guerra Mundial. Cumpliendo diferentes roles dentro de su partido, Eichmann –capturado por un comando israelí en Buenos Aires y trasladado a Israel para el proceso– había estado en contacto con las comunidades judías desde el año 1939, y desde 1942 participó más o menos directamente en la administración de la 'Solución Final'. En 1963 se publicó, en las páginas del *New Yorker*, una primera versión del libro que la filósofa alemana de origen judío Hanna Arendt (1906-1975) escribiera a partir de la información y los sucesos emergidos de aquel juicio. En estos días, la editorial Lumen acaba de publicar una segunda edición, corregida y aumentada, de aquel texto fundamental para comprender las complejidades terribles de lo que aconteció en Europa entre 1939 y 1945. Como se expresa en la presentación del libro –del que ofrecemos un adelanto exclusivo en este número de *Insomnia*–, Arendt “estudia en este ensayo las causas que propiciaron el holocausto, el papel equívoco que jugaron en tal genocidio los consejos judíos –cuestión que, en su época, fue motivo de una airada controversia–, así como la naturaleza y la función de la justicia, aspecto que la lleva a plantear la necesidad de instituir un tribunal internacional capaz de juzgar crímenes contra la humanidad”.

EICHMANN
EN JERUSALÉN
UN ESTUDIO SOBRE LA BANALIDAD DEL MAL
Hannah Arendt



Lumen

Insomnia es la separata cultural de la revista

INSOMNIA

Posdata

Director Responsable: Manuel Flores Silva;
SubDirector: Eduardo Alonso Bentos; **Editor General:** Gerardo Bleier; **Director de Arte:** Fidel Sclavo; **SubEditor General:** Aldo Mazzucchelli;
Política, Sociedad e Investigaciones: Pedro Cribari.

Editor: Aldo Mazzucchelli; **Cronistas:** Sofi Richero y María José Santacreu; **Columnistas:** Marosa Di Giorgio, Carlos Rehermann, Carlos Pellegrini, Mario Silva García; **Colaboradores:** Gerardo Ciancio, Gonzalo Curbelo, Aldo Defilippo, Feliciano Dublé, María Echenique, Amir Ham, Christian Kupchik, Andrea Latorre, Sandra López, David Martino, Jorge Olivera, Alvaro Pemper, Gabriel Peveroni, Soledad Platero, Edua Roland, Gustavo San Román (Escocia), Fernando Santullo Barrio, Fidel Sclavo, Julio Varela. **Diseño:** Fidel Sclavo; **Fotografía:** Federico Rul. **e-mail:** posdata@adinet.com.uy
Insomnia en Web: <http://intercanal.com/posdata/edicion/separata/separata.html>

Adolf Eichmann en su juicio en Israel.



Capítulo 6: SOLUCIÓN FINAL: MATAR (comentarios)

[...] El miembro de la jerarquía nazi más dado para la resolución de problemas de conciencia era Himmler. Himmler ideaba eslóganes, como el famoso lema de las SS, tomado de un discurso de Hitler dirigido a estas tropas especiales, en 1931, "Mi honor es mi lealtad" — pegadizas a las que Eichmann llamaba "palabras aladas", y los jueces de Jerusalem nominaban "banalidades"—, y los difundía, tal como Eichmann recordaba, a finales de año, seguramente acompañadas de una gratificación sobre Navidad. Eichmann únicamente recordaba uno de estos eslóganes. Y lo repetía constantemente: "Éstas son batallas que las futuras generaciones no tendrán que librar". Se refería a las batallas contra las mujeres, los niños, los viejos y las "bocas improductivas". He aquí algunas frases tomadas de los discursos que Himmler dirigía a los comandantes de los *Einsatzgruppen* y a los altos jefes de las SS y de la policía: "Haber dado el paso al frente y haber permanecido íntegros, salvo excepcionales casos justificables por la humana debilidad, es lo que los ha hecho fuertes. Ésta es una gloriosa página en nuestra historia que jamás había sido escrita y que no volverá a escribirse", "La orden de solucionar el problema judío es la más terrible porque una organización podía jamás resistir", "Sabemos muy bien que lo que de nosotros esperamos es algo *sobrehumano*, operamos que seáis *sobrehumanamente humanos*". Aquí, nosotros, tan sólo podemos decir que las esperanzas de Himmler no fueron defraudadas. Sin embargo, debemos poner de relieve que Himmler casi nunca intentó hallar justificaciones desde un punto de vista ideológico, que, cuando lo hizo, ello pronto cayó en el vacío. Lo que se grababa en las mentes de aquellos hombres que se habían convertido en asesinos era la simple idea de estar dedicados a

una tarea histórica, grandiosa, única ("una gran misión que se realiza una sola vez en dos mil años"), que, en consecuencia, constituía una pesada carga. Esto último tiene gran importancia, ya que los asesinos no eran sádicos, ni tampoco homicidas por naturaleza, y los jefes hacían un esfuerzo sistemático para eliminar de las organizaciones a aquellos que experimentaban un placer físico al cumplir con su misión. Las tropas de los *Einsatzgruppen* procedían de las SS armadas, unidad militar a la que no cabe atribuir más crímenes que los cometidos por cualquier otra unidad del ejército alemán, y sus jefes habían sido elegidos por Heydrich entre los mejores de las SS, todos ellos con título universitario. De ahí que el problema radicara, no tanto en dormir su conciencia, como en eliminar la piedad meramente instintiva que todo hombre normal experimenta ante el espectáculo del sufrimiento físico. El truco utilizado por Himmler —quien, al parecer, padecía muy fuertemente los efectos de aquellas reacciones instintivas— era muy simple y probablemente muy eficaz. Consistía en invertir la dirección de estos instintos, o sea, en dirigirlos hacia el propio sujeto activo. Por esto, los asesinos, en vez de decir: "¡Qué horrible es lo que hago a los demás!", decían: "¡Qué horribles espectáculos tengo que contemplar en el cumplimiento de mi deber, cuán dura es mi misión!".

El hecho de que Eichmann recordara mal las ingeniosas frases de Himmler quizá sea un indicio de que existían otros medios más eficaces para resolver los problemas de conciencia. Entre todos ellos destacaba, como Hitler había previsto certeramente, el simple hecho de la guerra. Eichmann repitió una y otra vez la existencia de "una actitud personal diferente" con respecto a la muerte, "cuando uno ve muertos en todas

partes", y cuando todos esperaban con indiferencia la propia muerte. "No nos importaba morir hoy o morir mañana, y, en ocasiones, maldecíamos el amanecer que nos pillaba todavía vivos." En este ambiente dominado por la presencia de la muerte violenta, tenía especial eficacia, a los efectos antes citados, el hecho de que la Solución Final, en sus últimas etapas, no se llevara a cabo mediante armas de fuego, es decir, con violencia, sino en cámaras de gas, las cuales, desde el primer momento hasta el último, estuvieron estrechamente relacionadas con el "programa de eutanasia" ordenado por Hitler en las primeras semanas de la guerra, y del que fueron sujeto pasivo los enfermos mentales alemanes, hasta el momento de la invasión de Rusia. El programa de exterminio, que se inició en el otoño de 1941, se llevó a la práctica mediante dos canales distintos. Uno de ellos conducía a las cámaras de gas, y el otro a los *Einsatzgruppen*, cuyas actuaciones tras las primeras líneas del ejército, especialmente en el frente ruso, eran justificadas con el pretexto de la presencia de guerrilleros, y cuyas víctimas no fueron, ni mucho menos, tan sólo los judíos. Además de luchar con los guerrilleros que verdaderamente pululaban por allí, los *Einsatzgruppen* se ocupaban de los funcionarios rusos, los gitanos, los individuos antisociales, los enfermos mentales y los judíos. Los judíos formaban parte de la clasificación "enemigos potenciales", y, por desgracia, pasaron varios meses antes de que los judíos rusos lo comprendieran, y, cuando lo supieron, ya era demasiado tarde para que pudieran ocultarse. (Los judíos de la vieja generación recordaban que en la Primera Guerra Mundial los alemanes fueron recibidos como si de liberadores se tratara; por otra parte, ni los viejos ni los jóvenes habían oído hablar del modo "en que los judíos eran



Reinhard Heydrich, para muchos el eslabón clave en la concepción material y aplicación de la "Solución Final", cuando era *Reichsprotektor* interino de Checoslovaquia. En 1942 fue asesinado por patriotas checos. Su agonía duró nueve días, durante los cuales, según algunos testigos, se arrepintió de haber 'traicionado a su pueblo' —por sus venas corría sangre judía—.

Heinrich Himmler, el lugarteniente de Hitler, encargado de la Gestapo. Desde un punto de vista jerárquico, fue a sus órdenes directas que estuvo la "Solución Final".



tratados en Alemania, y menos aún en Varsovia"; los judíos estaban "notablemente mal informados" al respecto, tal como el servicio de espionaje alemán comunicó a sus jefes desde la Rusia Blanca (Hilberg). Más notable es todavía que los judíos alemanes que, de vez en cuando, llegaban a estas regiones tuvieran la falsa creencia de que el Tercer Reich les había mandado allí en concepto de "pioneros".) Las unidades móviles de matanza, de las que allí había cuatro, cada una de ellas de la magnitud de un batallón regular, con una dotación total que no rebasaba la cifra de tres mil hombres, necesitaban, y obtuvieron, la colaboración de las fuerzas armadas regulares. Las relaciones entre las unidades móviles de matanza y las tropas regulares eran, por lo general, "excelentes" y, a veces, "afectuosas" (*herzlich*). Los generales adoptaban una actitud "sorprendentemente buena con respecto a los judíos"; no sólo entregaban sus judíos a los *Einsatzgruppen*, sino que prestaban sus propios hombres, soldados ordinarios, para ayudar en la tarea de matarlos. Hilberg estima que el número total de víctimas judías llegó casi a la suma de millón y medio; sin embargo, esto no fue el resultado de la orden de exterminio físico de la totalidad del pueblo judío, dada por Hitler, sino que fue resultado de una orden anterior, que Hitler dio a Himmler en mano de 1941, de adiestrar a las SS y a la policía "para llevar a cabo una misión especial en Rusia".

La orden de exterminio de todos los judíos, no sólo los rusos y los polacos, dada por Hitler, aun cuando fue promulgada más tarde, tuvo sus orígenes en época muy anterior. No nació en las oficinas de la RSHA, ni en ninguna de las restantes organizaciones burocráticas al frente de las que estaban Heydrich o Himmler, sino en la mismísima Cancillería del Führer, en la oficina personal de Hitler. Esta orden no guardaba ninguna relación con la guerra, ni se basaba, a

modo de pretexto, en necesidades de naturaleza militar. Uno de los grandes méritos de la obra *The Final Solution*, de Gerald Reitlinger, es haber demostrado, con pruebas documentales que no dejan lugar a dudas, que el programa de exterminio en las cámaras de gas de la zona oriental nació a consecuencia del programa de eutanasia de Hitler, y es muy de lamentar que el juicio contra Eichmann, tan atento a la "verdad histórica", no prestara la menor atención a la relación antes citada. Si lo hubiera hecho, posiblemente habría conseguido arrojar luz sobre la tan debatida cuestión de determinar si Eichmann, o la RSHA, se ocuparon de *Gasgeschichten*. No parece probable que Eichmann se ocupara de este asunto, aun cuando uno de sus hombres, Rolf Günther, se interesó en ello por propia voluntad. Para demostrar lo dicho, basta recordar que Globocnik, por ejemplo, que fue quien montó las instalaciones de gaseamiento en la zona de Lublin, y a quien Eichmann visitaba de vez en cuando, no se dirigía a Himmler o a cualquier otra autoridad de las SS o de la policía, cuando necesitaba más personal, sino que escribía a Viktor Brack, de la Cancillería del Führer, quien trasladaba la petición a Himmler.

Las primeras cámaras de gas fueron construidas en 1939, para cumplimentar el decreto de Hitler, dictado en 1 de septiembre del mismo año, que decía que "debemos conceder a los enfermos incurables el derecho a una muerte sin dolor" (probablemente éste es el origen "médico" de la muerte por gas, que inspiró al doctor Servatius la sorprendente convicción de que la muerte por gas debía considerarse como un "asunto médico"). La idea contenida en este decreto era, sin embargo, mucho más antigua. Ya en 1935, Hitler había dicho al director general de medicina del Reich, Gerhard Wagner, que "si estallaba la guerra, volvería a poner sobre el

tapete la cuestión de la eutanasia, y la importancia ya que en tiempo de guerra es más fácil hacerla que en tiempo de paz". El decreto fue inmediatamente puesto en ejecución, en cuyo texto hacía referencia a los enfermos mentales. En el mes de diciembre de 1939 y el de agosto de 1941, alrededor de cincuenta mil alemanes fueron muertos mediante gas monóxido de carbono, en instituciones en las que las cámaras de la muerte tenían las mismas engañosas apariencias que las de Auschwitz, es decir, parecían duchas y cuartos de baño. El programa fracasó. Era imposible evitar que la población alemana de los alrededores de estas instituciones no desentrañara el secreto de la muerte por gas que en ellas se daba. De todos lados llovieron protestas de gentes que, al parecer, aún no habían llegado a tener una visión puramente "objetiva" de la finalidad de la medicina y de la misión de los médicos. La matanza por gas en el Este, dicho sea en el lenguaje de los nazis, la matanza "humanitaria" de matar, "a fin de dar al pueblo el derecho a la muerte sin dolor"—comenzó el mismo día en que se abandonó tal práctica en Alemania. Quienes habían trabajado en el programa de eutanasia en Alemania fueron enviados al Este para construir nuevas instalaciones, a fin de exterminar en ellas pueblos enteros. Quienes tal hicieron procedían de la Cancillería de Hitler o del Departamento de Salud Pública del Reich, y únicamente entonces fueron puestos bajo la autoridad administrativa de Himmler.

Ninguna de las diversas "normas ideológicas", cuidadosamente ingenias para engañar y ocultar, tuvo un efecto más decisivo sobre la mentalidad de los asesinos que el primer decreto dictado por Hitler en tiempo de guerra en el que la palabra "asesinato" fue sustituida por "el derecho a una muerte sin dolor". Cuando el interrogador de la policía israelí preguntó

“Una dirigente nazi acudió a Baviera para pronunciar ante los campesinos unas cuantas charlas encaminadas a elevarles la moral, en el verano de 1944. Al parecer, dicha señora no dedicó mucho tiempo a referirse a las ‘armas milagrosas’ y a la victoria, sino que se enfrentó francamente con la perspectiva de la derrota, derrota que no debía inquietar a ningún buen alemán porque ‘el Führer, en su gran bondad, tiene preparada para todo el pueblo alemán una muerte sin dolor, mediante gases, en caso de que la guerra no termine con nuestra victoria’.”

Eichmann si no creía que la orden de “evitar sufrimientos innecesarios” era un tanto irónica, no podía ser otro que la muerte, Eichmann ni siquiera comprendió el significado de la pregunta, debido a que en su mente llevaba ya firmemente anclada la idea de que el acto imperdonable no era el de matar, sino el de causar dolor innecesario. En el curso del juicio, Eichmann dio inconfundibles muestras de indignación siempre que los testigos contaron las atrocidades y crueldades cometidas por los miembros de las SS —pese a que el tribunal y la mayoría del público no supo interpretar la actitud de Eichmann, debido a que el esfuerzo realizado éste para conservar el dominio de sí mismo había inducido, erróneamente, a creer que el acusado era un hombre “inconmovible” e indiferente a todo—, y no fue la acusación de haber llevado a millones de seres humanos a la muerte que verdaderamente le conmovió, sino la declaración (desechada por el tribunal) contenida en la declaración de un testigo, según la cual Eichmann había matado a palos a un muchacho judío. Ciertamente es que Eichmann había enviado ediciones a las zonas en que actuaban los Einsatzgruppen, que no daban una muerte sin dolor, sino que mataban a tiros, pero seguramente experimentó una sensación de orgullo cuando, en las últimas etapas de la guerra, ello dejó de ser necesario debido a la creciente capacidad de absorción de las cámaras de gas. Seguramente pensó también que el nuevo método de matar indicaba una clara mejora de la actitud adoptada por el gobierno nazi para con los judíos, puesto que al principio el programa de muerte por gas se expresó típicamente que los beneficios de la eutanasia eran un privilegio de los verdaderos alemanes. A medida que la guerra avanzaba, con muertes terribles y violentas en todas partes —en el frente

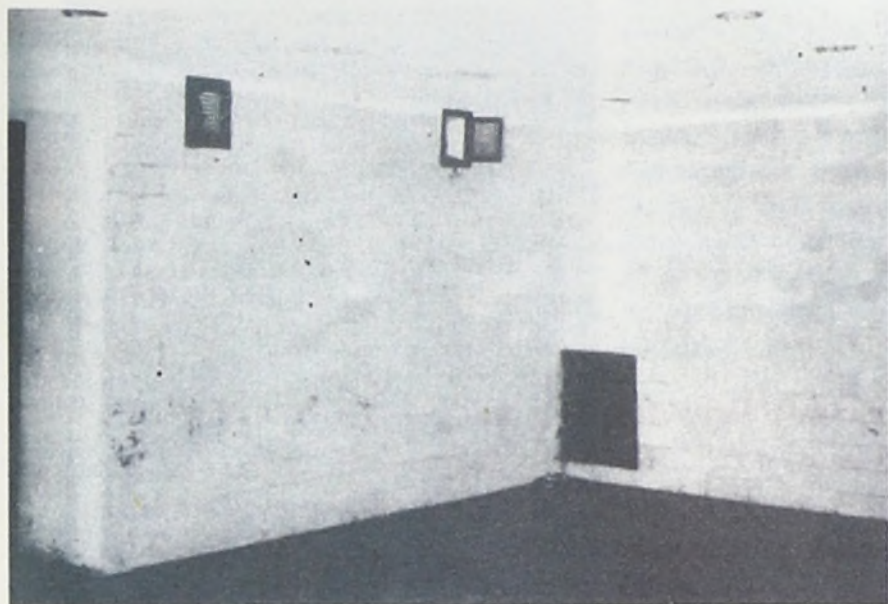
ruso, en los desiertos de África, en Italia, en las playas de Francia, en las minas de las ciudades alemanas—, los centros de gaseamiento de Auschwitz, Chelmno, Majdanek, Belzek, Treblinka y Sobibor, debían verdaderamente parecer aquellas “fundaciones caritativas del Estado” de que hablaban los especialistas de la muerte sin dolor. Además, a partir del mes de enero de 1942, había equipos dedicados a la eutanasia que operaban en el Este, con la misión de “ayudar a los heridos, en la nieve y el hielo”; y aun cuando esta matanza de soldados heridos era “alto secreto”, muchos estaban al corriente de ella, y entre éstos no podían faltar los ejecutores de la Solución Final.

Con frecuencia se ha dicho que la matanza, mediante gas, de los enfermos mentales tuvo que ser detenida en Alemania, debido a las protestas de la población y de unos cuantos, pocos, dignatarios de las iglesias cristianas, y que tales protestas no surgieron cuando el gas se empleó para matar judíos, pese a que algunos de los centros en que se realizaba esta tarea estaban situados en lo que, en aquel entonces, era territorio alemán, y se hallaban rodeados de centros de población alemanes. Sin embargo, debemos señalar que las protestas se produjeron al principio de la guerra. Abstracción hecha de los efectos de la “educación en materia de eutanasia”, la actitud hacia “la muerte sin dolor, mediante gases” probablemente cambió de gran manera en el curso de la guerra. Es difícil demostrar dicha afirmación. Carecemos de pruebas documentales, debido al secreto de que tal empresa fue rodeada, y, por otra parte, ningún criminal de guerra se refirió a este aspecto del asunto, ni siquiera los acusados en el llamado “juicio de los Doctores”, celebrado también en Nuremberg, quienes no dejaron de citar constantemente frases de estudios de fama internacional efectuados sobre la materia. Quizás

habían olvidado cuál era la opinión pública imperante en el período en que se dedicaban a matar, quizá jamás se preocuparan de saberlo, puesto que creían, equivocadamente, que su actitud “objetiva y científica” era mucho más avanzada que las opiniones sustentadas por los ciudadanos ordinarios. Sin embargo, a la debacle moral de toda una nación han sobrevivido unas cuantas historias verdaderas, de inapreciable valor, que constan en los diarios de guerra escritos por hombres dignos de confianza, que tenían conciencia de que sus contemporáneos no experimentaban la sorpresa e indignación que ellos sentían.

Reck-Malleczewen, a quien he mencionado anteriormente, cuenta que una dirigente nazi acudió a Baviera para pronunciar ante los campesinos unas cuantas charlas encaminadas a elevarles la moral, en el verano de 1944. Al parecer, dicha señora no dedicó mucho tiempo a referirse a las “armas milagrosas” y a la victoria, sino que se enfrentó francamente con la perspectiva de la derrota, derrota que no debía inquietar a ningún buen alemán porque “el Führer, en su gran bondad, tiene preparada para todo el pueblo alemán una muerte sin dolor, mediante gases, en caso de que la guerra no termine con nuestra victoria”. Y el escritor añade: “No, no son imaginaciones mías, esta amable señora no es un espejismo, la vi con mis propios ojos. Era una mujer de piel amarillenta, de poco más de cuarenta años, con mirada de loca... ¿Y qué ocurrió? ¿Los campesinos bávaros tuvieron por lo menos el buen sentido de arrojarla de cabeza al lago más próximo, para que se le enfriaran un poco sus entusiastas deseos de morir? No, nada de eso. Regresaron a sus casas, meneando la cabeza”.

La historia siguiente es todavía más pertinente al tema de que nos ocupamos, por cuanto su protagonista no era un “dirigente”, y



Cámara de gas en Dachau.

posiblemente ni siquiera pertenecía al partido. Ocurrió en Königsberg, en la Prusia Oriental, es decir, en una zona alemana muy distinta a la anterior, en enero de 1945, pocos días antes de que los rusos destruyeran la ciudad, ocuparan sus minas y se anexionaran la provincia. Esta anécdota la cuenta el conde Hans von Lehnendorff, en su *Ostpreussisches Tagebuch* (1961). Por ser médico, el conde se quedó en la ciudad a fin de cuidar a los soldados heridos que no podían ser evacuados. Fue llamado a uno de los grandes centros de alojamiento de refugiados procedentes del campo, es decir, procedentes de las zonas que ya habían sido ocupadas por el Ejército Rojo. Allí se le acercó una mujer que le mostró unas várices que había tenido durante años, peso que ahora quería someter a tratamiento, ya que disponía de tiempo para ello. "Procuré explicarle que, para ella, era mucho más importante salir cuanto antes de Königsberg, y dejar el tratamiento de las várices para más adelante. Le pregunté: '¿Dónde quiere ir?'. No supo qué responder, pero sí sabía que todos serían transportados al Reich. Y ante mi sorpresa añadió: 'Los rusos nunca nos cogerán. El Führer no lo permitirá. Antes nos gaseará a todos'. Miré con disimulo alrededor, y advertí que las palabras de la mujer a nadie le habían parecido extraordinarias." Uno tiene la sensación de que esta historia, como todas las historias reales, no es completa. Hubiera debido haber allí una voz, preferentemente femenina, que tras lanzar un profundo suspiro añadiera: "Y pensar que hemos malgastado tanto y tanto gas, bueno y caro, suministrándolo a los judíos..."

Capítulo 7: LA CONFERENCIA DE WANNSEE O PONCIO PILATOS (fragmentos)

Hasta el momento, mi estudio de la conciencia de Eichmann se ha basado en pruebas que el propio Eichmann había olvidado. Según sus manifestaciones a este respecto, el momento

decisivo no se produjo cuatro semanas después, sino cuatro meses más tarde, en enero de 1942, durante la conferencia de *Staatssekretäre* (subsecretarios del gobierno), como los nazis solían llamarla, o la Conferencia de Wannsee, tal como ahora la llamamos debido a que Heydrich la convocó en una casa situada en este suburbio de Berlín. Tal como indica el nombre oficial de la conferencia, esta reunión fue necesaria debido a que la Solución Final, si quería aplicarse a la totalidad de Europa, exigía algo más que la tácita aceptación de la burocracia del Reich, exigía la activa cooperación de todos los ministerios y de todos los funcionarios públicos de carrera. Nueve años después del acceso de Hitler al poder, todos los ministros eran antiguos miembros del partido, ya que aquellos que en las primeras etapas del régimen se habían limitado a "adaptarse" a él, harto obedientemente, habían sido sustituidos. Sin embargo, la mayoría de ellos no merecían la total confianza del partido, puesto que eran pocos los que debían enteramente su carrera política a los nazis, como, por ejemplo, Himmler o Heydrich. Y entre estos pocos, la mayoría eran nulidades, como Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores y ex vendedor de champaña. Sin embargo, el problema era mucho más peliagudo en cuanto se refería a los funcionarios públicos de alto rango, que prestaban sus servicios directamente subordinados a los ministros, ya que estos hombres, que son quienes forman la espina dorsal de toda buena administración pública, difícilmente podían ser sustituidos por otros, e Hitler los había tolerado, como Adenauer tuvo que tolerarlos, salvo aquellos que estaban excesivamente comprometidos. De ahí que los subsecretarios, los asesores jurídicos y otros especialistas al servicio de los ministerios rara vez fueran miembros del partido, y es muy comprensible que Heydrich tuviera sus dudas acerca de si podría conseguir la activa colaboración de tales funcionarios en la tarea del asesinato masivo. Dicho sea en frase de Eichmann, Heydrich "esperaba tener que vencer grandes

dificultades". Pues bien, Heydrich estaba equivocado de medio a medio.

La finalidad de la conferencia era coordinar todos los esfuerzos en orden a la consecución de la Solución Final. Primeramente, los reunidos hablaron de "complicadas cuestiones jurídicas" tales como el tratamiento que debía darse a quienes tan sólo fueran medio judío, a los cuarterones de judío —¿se les debía matar o bastaba con esterilizarlos?—. A continuación inició una franca discusión sobre los "diversos tipos de posibles soluciones del problema", en la cual significaba los diversos modos de matar, y también en este aspecto hubo una "concur-rencia de criterios de todos los participantes". La Solución Final fue recibida con "extraordinario entusiasmo" por todos los presentes, y en especial por el doctor Wilhelm Stuckart, subsecretario del Ministerio del Interior, quien tenía fama de mostrarse reticente y dubitativo ante todas las medidas "radicales" del partido, y, según las declaraciones del doctor Hans Globke, en Nuremberg, era un firme defensor de la ley. Sin embargo, cierto es que también surgieron algunas dificultades. El subsecretario Josef Bühler, quien ocupaba el segundo puesto en el Gobierno General de Polonia, quedó un tanto alicaído ante la posibilidad de que los judíos fueran transportados desde el Oeste al Este, debido a que esto significaba la presencia de más judíos en Polonia, y, en consecuencia, propuso que esas expediciones se retrasaran hasta el momento en que "el Gobierno General de Polonia ponga en ejecución la Solución Final, y no existan problemas de transporte". Los caballeros del Ministerio de Asuntos Exteriores comparecieron con un complicado memorándum, elaborado por ellos mismos, en el que expresaban "los deseos e ideas del Ministerio de Asuntos Exteriores, con respecto a la total solución del problema judío en Europa", memorándum que nadie prestó la menor atención. Lo principal, tal como con toda justeza dice Eichmann, era que los miembros de las diversas ramas de la alta burocracia pública no sólo

Cementerio de un hospital
para enfermos mentales:
resultado del "programa de la
eutanasia" de los nazis.



"La orden de solucionar el problema judío es la más terrible orden que una organización podía jamás recibir", "Sabemos muy bien que lo que de vosotros esperamos es algo sobrehumano, esperamos que seáis sobrehumanamente inhumanos."

esaron opiniones, sino que formularon
uestas concretas. La reunión no duró más
na hora o una hora y media. Tras ella se
eron bebidas, y luego todos almorzarón
os. Fue una "agradable reunión social"
anada a mejorar las relaciones personales
e los circunstantes. Para Eichmann, esta
ión tuvo gran importancia, ya que jamás
a tratado en reuniones sociales a personajes
mayor altura" que la suya. Allí, Eichmann
on mucho, el individuo de más baja posición
al y social. Se encargó de enviar la
ocatoria a cuantos debían acudir a la
erencia, preparó algunas estadísticas (llenas
creíbles errores) que Heydrich utilizaría en
discurso inicial, en el que dijo que debía
darse a unos once millones de judíos, tarea
tamente magna, y, después, Eichmann
ctó el acta de la reunión. En suma, cumplió
uciones de secretario de la conferencia. Por
se le permitió que, tras la marcha de los
funcionarios, se sentara junto con sus jefes
ler y Heydrich, ante una chimenea
ndida, y "ésta fue la primera vez que vi a
drich beber y fumar". No "chismorreamos,
sí gozamos de un descanso merecido tras
s horas de trabajo"; todos ellos estaban muy
fechos y de buen humor, especialmente
drich.

Hubo también otra razón en virtud de la cual
a de la conferencia quedó indeleblemente
ado en la memoria de Eichmann. Pese a
Eichmann había hecho cuanto estuvo en su
o para contribuir a llevar a buen puerto la
ción Final, también era cierto que aún
gaba algunas dudas acerca de "esta
rienta solución, mediante la violencia", y,
la conferencia, estas dudas quedaron
adas. "En el curso de la reunión, hablaron

los hombres más prominentes, los Papas del
Tercer Reich". Pudo ver con sus propios ojos y
oír con sus propios oídos que no sólo Hitler, no
sólo Heydrich o la "esfinge" de Müller, no sólo
las SS y el partido, sino la elite de la vieja y amada
burocracia se desvivía, y sus miembros luchaban
entre sí, por el honor de destacar en aquel
"sangriento" asunto. "En aquel momento, sentí
algo parecido a lo que debió sentir Poncio Pilatos,
ya que me sentí libre de toda culpa." ¿Quién era
él para juzgar? ¿Quién era él para poder tener sus
propias opiniones en aquel asunto? Bien,
Eichmann no fue el primero, ni será el último,
en caer víctima de la propia modestia.

Los acontecimientos siguientes a la
conferencia, según recordaba Eichmann, se
sucedieron sin dificultades, y todo se convirtió
prontamente en tarea rutinaria. [...]

[...] Así pues, la más grave omisión en el
"cuadro general" fue la de aquellas
declaraciones referentes a la colaboración entre
los dirigentes nazis y las autoridades judías, que
hubieran dado ocasión a formular la siguiente
pregunta: "¿Por qué colaboró aquella gente en la
destrucción de su propio pueblo; a fin de
cuentas, en labrar su propia ruina?". [...] Me he
detenido a considerar este capítulo de la historia
de los judíos durante la Segunda Guerra
Mundial, capítulo que el juicio de Jerusalén no
puso ante los ojos del mundo en su debida
perspectiva, por cuanto ofrece una sorprendente
visión de la totalidad del colapso moral que los
nazis produjeron en la respetable sociedad
europea, no sólo en Alemania, sino en casi todos
los países, no sólo entre los victimarios, sino
también entre las víctimas. Eichmann, a
diferencia de otros individuos del movimiento
nazi, siempre tuvo un inmenso respeto hacia la

"buena sociedad"; y los buenos modales de que
hacía gala ante los funcionarios judíos de habla
alemana eran, en gran medida, el resultado de
reconocer que trataba con gente socialmente
superior a él. Eichmann no era, ni mucho menos,
como un testigo le motejó, un *Landsknecht*; un
mercenario, que quería huir a regiones en las
que no se observaran los Diez Mandamientos y
en las que un hombre pudiera hacer lo que
quisiera. Hasta el último instante, Eichmann
creyó fervientemente en el éxito, el criterio que
mejor le servía para determinar lo que era la
"buena sociedad". Características de Eichmann
fueron sus últimas palabras acerca de Hitler, a
quien Eichmann y su camarada Sassen
decidieron "dar poca importancia" en su relato.
Eichmann dijo que Hitler "quizás estuviera
totalmente equivocado, pero una cosa hay que
no se le puede negar: fue un hombre capaz de
elevarse desde cabo del ejército alemán a Führer
de un pueblo de ochenta millones de individuos...
Para mí, el éxito alcanzado por Hitler era razón
suficiente para obedecerle". La conciencia de
Eichmann quedó tranquilizada cuando vio el
celo y el entusiasmo que la "buena sociedad"
ponía en reaccionar tal como él reaccionaba. No
tuvo Eichmann ninguna necesidad de "cerrar
sus oídos a la voz de la conciencia", tal como se
dijo en el juicio, no, no tuvo tal necesidad debido,
no a que no tuviera conciencia, sino a que la
conciencia hablaba con voz respetable, con la
voz de la respetable sociedad que le rodeaba. [...]

(*) EICHMANN EN JERUSALÉN. UN
ESTUDIO SOBRE LA BANALIDAD DEL
MAL - Hannah Arendt - Lumen, Barcelona,
1999 - 460 págs. - Distribuye Blanes.



Descanso de 2 a 5 de la mañana

05:00 / Dinámica Rural

Leonardo Bolla

06:00 / Índice 810 1ª edición

Servicio de Noticias

Dirección: José Pedro Díaz

07:00 / En Perspectiva

Emiliano Cotelio - Diego Barnabé

Daina Rodríguez - Rosario Castellanos

12:30 / Índice 810 2ª edición

13:30 / Rompecabezas

Daniel Figares - Sandra Arévalo

Ana Nahum

18:00 / Índice 810 3ª edición

19:00 / 13 a 0 Radiodeportivo

Prof. Ricardo Piñeyrúa - Fernando Tetes

Gonzalo Delgado

20:30 / Dinámica Rural

Leonardo Bolla

21:30 / Planetario

Alejandro Ferreiro

24:00 / La venganza será terrible

Alejandro Dolina (en vivo Bs.As.)

810

EL ESPECTADOR

La primera radio

Todo el día

El Bécquer desconocido

Si bien es cierto que Bécquer siempre será asociado con sus *Rimas y Leyendas*, la verdad es que su obra no está todavía cerrada: el reciente descubrimiento de *Unida a la muerte*—un relato olvidado del escritor sevillano, escrito hacia 1857—es una buena prueba de ello.

Unida a la muerte muestra facetas poco conocidas de la personalidad de Bécquer (1836-1870), como su respeto hacia la religión islámica o el tratamiento literario de un tema tan espinoso como el incesto. El relato cuenta una trágica historia de amor entre dos jóvenes musulmanes.

El profesor de Lengua y Literatura Félix Morales descubrió el texto hace un año en una librería de viejo de Sevilla. El libro era una edición de 1930 de una rara colección, El Cuento Azul. “No entiendo la razón de que *Unida a la muerte* no sea conocido si fue publicado en 1930. He buscado algún otro ejemplar, pero no lo he visto en ningún sitio. No lo hay ni en la Biblioteca Nacional ni en la Biblioteca del Congreso de Washington ni en ninguna biblioteca pública española”, señala Morales.

“Me costó 300 pesetas (aproximadamente dos dólares). Busqué entre las *Obras Completas* de Bécquer y no estaba. Tampoco estaba en Internet. Al final le propuse a Antonio Rodríguez Almodóvar, —catedrático de Lengua y Literatura— que investigáramos juntos”, relata Morales. *Unida a la muerte* tampoco figura, según ambos profesores, en ningún estudio sobre Bécquer. Rodríguez Almodóvar y Morales dedicaron un año a estudiar este relato. Realizaron numerosos cotejos textuales, en los que la informática desempeñó un papel decisivo. La conclusión a la que llegaron los dos estudiosos es que *Unida a la muerte* fue descartada por los amigos de Bécquer de la edición príncipe de sus obras, publicada en 1871, y de otras posteriores.



Los amigos del poeta sevillano prescindieron de *Unida a la muerte* porque Bécquer nunca la dio por terminada, en opinión de los dos expertos. Su argumento tampoco era el más adecuado para aquella época. El relato trata de unas relaciones incestuosas, y contiene, además, un elogio de la religión musulmana. “Eso era heterodoxo. En esa España de las últimas décadas del siglo XIX, el ambiente era xenófobo y antiárabe. En esa época no se podía hablar bien de la cultura musulmana”, comenta Rodríguez Almodóvar.

“Estos factores influyeron en una edición tardía y rara, en la que, probablemente, también jugaron un papel destacado avatares de tipo económico”, agregaron. Los dos profesores creen que esta obra rompe con varios tópicos que lastran al poeta. “Hay que destruir los tópicos que califican a Bécquer de soñador enfermizo, tradicionalista y perezoso. Sus amigos legaron una imagen de Bécquer que no era la real”, dice Rodríguez Almodóvar. “Bécquer era un hombre de su tiempo, realista y vividor, de pensamiento liberal. Llegó a dirigir un periódico. Estaba al tanto de las intrigas políticas”, concluye Rodríguez Almodóvar.

La actualidad de la filosofía para Savater

El filósofo donostiarra Fernando Savater, en la conferencia ‘La actualidad de la filosofía’ organizado por el foro Diálogo, subrayó que la filosofía no es un analgésico ni tampoco un recetario. Para el autor del recientemente publicado *Las preguntas de la vida* (Planeta), la filosofía no busca respuestas sino que las provoca. “No hay que confundir la filosofía con esa especie de consumismo, de oferta de libros de autoayuda, que da infinitas respuestas a preguntas que nadie sensato se ha hecho”, manifestó.



Fernando Savater destacó que la filosofía, sobre todo, es una forma de reflexión: “Una manera de ver claro, y esto siempre da una cierta dignidad en el vivir de cada día”. Pero no es un saber instrumental y, precisamente, nos sirve porque no tiene una utilidad inmediata, subrayó. “La filosofía nos pone a pensar sobre nosotros mismos y qué hacemos aquí, no sobre objetos o cosas que vamos almacenando en casa. La filosofía nos da la libertad de reflexionar y de ser dueño de uno mismo”, subrayó.

“Es el arte de preguntarse —añadió— por cuestiones más tangibles.” “La filosofía no nos saca de dudas, nos mete en ellas. Es esa capacidad de seguir indagando y de no conformarnos cuando las cosas parece que han tocado fondo y no llegan más allá. Es la imposibilidad de zanjear las cosas. Es la inquietud permanente de seguir preguntando cuando los demás se han cansado de hacerlo”, manifestó Savater, catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.

Y, citando a Stendhal, Savater afirmó que la filosofía sirve para conmover el corazón humano y la inteligencia. Para el autor de *Ética para Amador*, el papel del filósofo en la actualidad es “acompañar a la gente en la reflexión, apoyar la reflexión cívica”. Sin embargo, el filósofo aclaró que ya no existen intelectuales con mayúscula, “como los que vivieron a principios de siglo”. Y en una época en la que la velocidad cuenta tanto, el filósofo va más lento, concluyó.

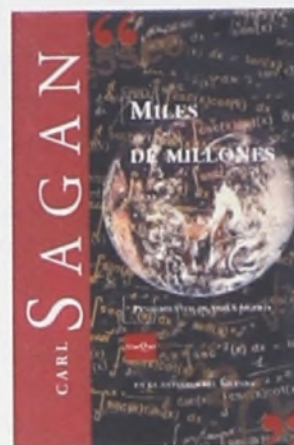
El filósofo, cuyas obras se han traducido a una veintena de idiomas, se refirió también a su último libro, *Las preguntas de la vida* (“que sirve para iniciar a los lectores en esta disciplina”), en el que contempla la filosofía como una probabilidad de diálogo. El libro arranca preguntándose sobre la muerte, “el primer problema y el que da sentido al resto”. Además habla de la belleza, el tiempo, la justicia, la libertad y la vida.



M I C R O

Taller de administración para las artes - En el Teatro del Anglo, Sala 2, tendrá lugar el Taller de administración para las artes, que coordinará el maestro en artes y bailarín norteamericano Jan Hanvik. El taller está dirigido a artistas, administradores, relacionistas públicos dedicados a la administración de las artes, y artistas en general. Hanvik es maestro en artes del Centro para Estudios Latinoamericanos y el Caribe de New York University. Ha sido consultor para el Consejo Nacional de las Artes en Estados Unidos y el Consejo Estatal de las Artes del Estado de Nueva York y la Fundación Ford. Como bailarín ha danzado en Estados Unidos, Japón y Europa, con las compañías Hanya Holm, Molissa Fenley, Mark Degarmo y las danzas del Bauhaus de Oskar Schlemmer. El taller tendrá lugar en el Instituto Cultural Anglo Uruguayo, San José 1426. El costo del Taller es de sesenta dólares americanos y se desarrollará del 7 al 11 de junio de 1999 de 15 a 18 hs. Por informes e inscripciones dirigirse a Compañía Teatral Italia Fausta, Barrios Amorín 1275. Tel: 903 19 69 o a Show Time del Punta Carretas Shopping.

Uno en seis mil millones



Miles de millones es el libro póstumo de Carl Sagan, aquel científico que a comienzos de los 80 aparecía en el programa *Cosmos* con sus camisas de cuello en punta y su abundante cabello peinado al costado. Con

simplicidad y placer que no disimulaba, como si fuera un cuento apasionante, acercaba a un vasto y variado público de distintas partes del globo sus profundos conocimientos del hombre y el universo.

Miles de millones se compone de tres partes. En cada una de ellas los capítulos guardan cierta independencia unos de otros, de manera que permiten al lector dar el orden que desee. Dicha independencia se debe en muchos casos a que se trata de artículos, a veces reformulados, publicados previamente.

El título de la primera parte, *La fuerza y la belleza de la cuantificación*, resume el *thelos* que integra la 'ciencia dura' a una concepción profundamente humana de la misma. Allí se cuecen conceptos de la sociología, la antropología y la psicología, buscando la dimensión espacio-temporal que da su lugar a la historia del hombre, dejando en claro tanto sus limitaciones como sus posibilidades. Desde ese lugar, Sagan recorre una serie de temas bien diversos: la exploración del universo, la permanente pregunta sobre su origen y el origen de la vida, la posibilidad de vida en otros planetas y hasta un análisis de los juegos de equipo, pasando por otros donde su carácter de divulgador científico queda bien marcado ("los grandes números", el "crecimiento

exponencial", las "ondas" lumínicas, sonoras, etcétera). La variedad de contenidos, su selección y el estilo utilizado en su desarrollo probablemente hacen de esta primera parte la más dinámica e interesante del libro.

La segunda, titulada *¿Qué conservan los conservadores?*, resulta un tanto reiterativa, enlenteciendo la lectura y disminuyendo en algo el interés generado hasta ese momento. Como el mismo autor señala, esta sección intermedia está consagrada a "la comprensión de los trastornos ambientales que, tanto para bien como para mal, han provocado la ciencia y la tecnología". Es un llamado a la reflexión y el compromiso, donde no deja de señalar una "globalización" de las implicancias tanto en los efectos destructivos como en un cambio de actitud dirigido a tomar medidas efectivas frente a estos problemas. Sin embargo, el científico no hace un planteo apocalíptico, más bien apuesta en todo momento a la utilización de estas capacidades, propias de la raza humana. Señala también la necesidad de desarrollar una ciudadanía consciente, científicamente construida, donde quede integrada la dimensión política al conocimiento científico-tecnológico.

Mención aparte merecen dos capítulos de esa misma sección, donde Sagan desarrolla en forma amena, precisa y muy detallada el problema del calentamiento del planeta y el debilitamiento de la capa de ozono como indicadores de los dilemas a los que hoy se enfrenta la humanidad.

La última parte, *Allí donde chocan corazones y mentes*, atraviesa distintos temas

(como el sinsentido de la carrera armamentista o el aborto), cuyo tratamiento no sólo constituye una muestra del carácter universal que el autor da al conocimiento del hombre, sino también de su interés en poner acento en el análisis de la búsqueda creativa, tomando el elemento humano de la afectividad pero trascendiendo dualidades.

El final del final; el último capítulo de su última obra se llama *En el valle de las sombras*. Como en una carta dejada a sus lectores, Sagan se despide, abriendo se en la intimidad de su enfrentamiento con la muerte. Un hombre tan grande para muchos millones, que se introdujo en los caminos de lo infinito, del gran espacio sin espacio, del tiempo sin tiempo y de su propio tiempo y lugar, se reconoce Hombre, con todos los límites que siempre trató de divulgar y comprender.

En este capítulo, es posible al fin entender por qué aquella sonrisa, la que mostraba en *Cosmos*.

"El mundo es tan exquisito, posee tanto amor y tal hondura moral, que no hay motivo para engañarnos con bellas historias respaldadas por escasas evidencias. Me parece mucho mejor mirar cara a cara la Muerte en nuestra vulnerabilidad y agradecer cada día las oportunidades breves y magníficas que brinda la vida."

Andrea Latorre

MILES DE MILLONES - Carl Sagan - Ediciones B - Barcelona, 1998 - Distribuye Ediciones B.

LA AMIGDALITIS DE TARZÁN - Alfredo Bryce Echenique - Alfaguara/Aguilar - Santiago de Chile, 1999 - 319 págs - Distribuye Santillana.



Con *Un mundo para Julia* (1970) el escritor peruano Alfredo Bryce Echenique se consagró como uno de los más finos escritores hispanoamericanos. Cultor de un estilo brillantemente ácido, el humor y el desparpajo que caracteriza buena parte de su obra, vuelve en *La amigdalitis de Tarzán*, su última novela. Una historia de amor carnavalesco, un insólito epistolario, y muchísimo humor.

CAJÓN DE SASTRE - Mauricio Rosencof - Cal y Canto - Montevideo, 1999 - 179 págs - Distribuye Guassi.



Una miscelánea de breves crónicas en donde Mauricio Rosencof, con su habitual estilo coloquial e ingenioso, comenta el absurdo de la vida contemporánea, al tiempo que recupera, menos incisivo y más nostálgico, algunos cuadros de su infancia.

HISTORIA VIRTUAL. ¿Qué hubiera pasado si...? - Bajo dirección de Niall Ferguson - Taurus - Madrid, 1998 - 449 págs - Distribuye Santillana.



La publicación de este atractivo compendio de ensayos históricos constituyó, dentro de su disciplina, una propuesta por lo menos transgresora. Bajo la dirección de Niall Ferguson —renombrado historiador, y tutor de Historia Moderna del Jesus College, Oxford— el libro agrupa una serie de ensayos históricos que tienen la osadía de formular preguntas contrafactuales—hipotéticas—al destino histórico de distintos hechos y períodos singularmente importantes para la historia de Occidente. Qué hubiera sucedido si las cosas no hubieran sucedido como efectivamente sucedieron, es el *leit motiv* del volumen. La historia contrafactual nunca ha gozado de mucho crédito entre los historiadores ‘serios’; acusada de ser vana, inútil, un simple juego de salón. Tan sólo historiadores como Gibbon, el francés Charles Renouvier o G. M. Trevelyan, para sólo citar algunos, se animaron con cierto contrafactualismo velado. Este libro busca reivindicar la historia contrafactual, y por lo pronto comienza por buscar legitimación entre los historiadores escogidos—Niall Ferguson, Mark Almond, Michael Burleigh, Jonathan Haslam, Santos Juliá, Diane Kunz, Andrew Roberts y Juan Carlos Torre— todos ellos reconocidos y talentosos historiadores. ¿Qué hubiera sucedido si Gran Bretaña se hubiera ‘mantenido al margen’ en agosto de 1914?, ¿qué hubiera pasado en España sin la rebelión militar de julio de 1936?, ¿si el comunismo no se hubiera derrumbado?, ¿y si en Argentina no hubiera habido peronismo?, son algunas de las preguntas formuladas por el libro.

La calma llena de furia

Vivió durante casi todo el siglo y fue uno de sus cronistas más lúcidos. Había nacido en 1909 en Dublín y murió en Madrid en 1992 mientras visitaba a unos amigos. Hace pocos meses fue noticia nuevamente cuando un museo desmantelaba su estudio para rearmarlo luego, centímetro por centímetro, en otro lugar. En ese estudio entre tantas cosas imprevistas, los restauradores encontraron algunos paquetes con carne podrida. Bacon básico.

Es raro, en cambio, que el pintor de la crueldad, de la ‘brutalidad de los hechos’, de las carnes en vivo bajo las luces blanquecinas, de los rostros deformados y los cuerpos vacíos que se licúan, era una persona de gran amabilidad. Reposado, casi ingenuo de a ratos. Un hombre de un trato increíblemente sencillo y caluroso, de una verdadera generosidad de corazón y de espíritu. Alguien que se definía como un “optimista desesperado” y no comprendía por qué la gente hallaba violentos sus cuadros. “No sé por qué la gente piensa que lo son. Jamás busco la violencia. Hay un cierto realismo en mis telas que quizá pueda dar esa impresión... tal vez sea la misma palabra violencia la que en el fondo no comprendo bien. En cierto sentido, los Picasso que me gustan son violentos... por la increíble carga emocional que producen, y es

una violencia magnífica.”

Admirador de Muybridge y sus fotografías sobre la descomposición del movimiento. Admirador del color naranja. Observador atento de cualquier tipo de descomposición, uno de sus máximos tesoros era un libro que había comprado hace muchos años en una calle de París sobre las enfermedades de la boca y que disfrutaba tan dignamente como otro podría hacerlo con los viajes de Gulliver. Lector recurrente de dos autores durante toda su vida: Esquilo y Shakespeare. Gustador fundamental de Velázquez y Picasso, no tuvo nunca problema en decir que el *Guernica* está sobrevalorado, que *Esperando a Godot* es un bodrio y no hay nada que le interese menos que Hieronymus Bosch (referencia que los críticos siempre tratan de vincular a su obra), Rubens, Dalí o Max Ernst. En 1936 sus cuadros fueron rechazados en una exposición surrealista por no ser “suficientemente surrealistas”, y tenían razón. Siempre dudó de la fusión de las artes y sostuvo que el arte abstracto es una solución facilista. “La materia pictórica en sí es abstracta, pero la pintura no es sólo esa materia, es el resultado de una suerte de conflicto entre la materia y el tema.”

Uno de sus cuadros más famosos, el re-



trato de Inocencio X, pretendía ser una versión apenas alterada del cuadro de Velázquez, al que conoció solamente por reproducciones. El día que iba a encontrarse con el original no se sentía bien y prefirió no conocerlo nunca.

La serie sobre la máscara de William Blake también se basa en un desencuentro. Bacon no está interesado ni un milímetro en Blake. Un día alguien le regaló un busto de él y pasó a ser parte del mobiliario que veía todos los días, junto a las fotos desparramadas por el piso.

Parroquiano de tabernas, jamás se paró frente a una tela en blanco estimulado por el alcohol. Cuando bebía, bebía. Y cuando pintaba, pintaba. Los límites siempre fueron una preocupación para él. Cualquier tipo de límites. Por eso se le hacía muy difícil pintar fuera de su estudio. Y tal vez por eso, también, es que contesta educadamente todas las preguntas de un entrevistador, rematadamente tonto.

Fidel Sclavo

FRANCIS BACON. ENTREVISTAS - Michel Archimbaud - Temas Grupo Editorial - Buenos Aires, 1999 - 111 págs - Distribuye Editia.

A CARA O CRUZ

LA NOVELA URUGUAYA.

LA NOVELA DE TODOS.

**NUEVO
HORARIO**

sábado

21:00 hs.

A CARA O CRUZ

CAN 4 L

Una historia nuestra,
que muestra a los uruguayos tal como somos.

Zitarrosa revisitado

Cantares del alma, del periodista uruguayo Guillermo Pellegrino, aparece en un momento por lo menos oportuno. En una cuidada edición de Planeta, esta biografía tiene a sumar energía a esa suerte de huracán revisionista que en los últimos tiempos se ha apoderado de la figura de Alfredo Zitarrosa. Pellegrino reconoce un único antecedente propiamente biográfico —*Alfredo Zitarrosa. Su historia 'casi' oficial*, de Enrique Erro— y sostiene que *Cantares del alma* echa luz sobre unos cuantos aspectos hasta ahora descuidados sobre la vida del cantautor. De eso conversamos con él, y de lo que quedó fuera, por muchas y delicadas cuestiones.



n
o
t
a

¿Dirías que es ésta la biografía autorizada, oficial, de Alfredo Zitarrosa?

Nunca supe a qué refiere exactamente eso de biografía "oficial", pero puedo decirles que *Cantares del alma* es, junto con la biografía de Enrique Erro, el único trabajo abarcativo e integrado de la vida de Alfredo Zitarrosa. Lo de Estrázulas es más bien un ensayo, o una suerte de crónica sobre su relación personal con Zitarrosa; lo de Ibargoyen Islas, el poeta uruguayo que vive en México, es también testimonial, no llega al biográfico. La de Erro se titula *su historia 'casi' oficial*; él tuvo la misma anuencia de la familia que tres años más tarde tendría yo. Cuando finalmente me confiaron algunos materiales, ya hacía prácticamente un año que yo venía colaborando con el archivo de la familia, aportando fotos y testimonios. No fui directamente al archivo familiar; desde hacía un año y medio venía rastreando materiales y recabando testimonios por todos lados, yendo a la Biblioteca del Palacio todos los días, moviéndome de un lado a otro. Inclusive nunca me llevé del archivo materiales grabados, sino que fui consiguiendo grabaciones inéditas por



mi cuenta. Quiero decir, esta biografía se legitima por muchos lados, así que no estoy seguro de que sea feliz considerarla "oficial". Tal vez la pregunta de ustedes viene por el lado de saber si me guardé algo, si quedaron cosas en el tintero...

Ya que lo mencionás, nos gustaría conocer la respuesta. Supongo que en la construcción de la figura de cualquier personaje público debe de haber zonas u aspectos del personaje más problemáticos, más polémicos, cuya revelación pública se vuelve muy delicada.

Yo no soslayé nada fundamental de la vida de Alfredo. Cosas siempre quedan, pero no creo que hayan sido relevantes, anécdotas más, anécdotas menos. Cuando uno se enfrenta a la jerarquización de los materiales con los que cuenta, tiene necesariamente que hacer elecciones. Es verdad que deseché cierto material, pero no creo que haya quedado ningún tema o dato fundamental en el tintero. Es muy difícil reconstruir una vida sin herir susceptibilidades. Fue difícil por ejemplo tocar el tema de su intento de suicidio —algo que nunca an-



tes había sido tratado— y que para mí era insoslayable. El suicidio siempre es tabú: fui con el planteo a la familia, y en esa oportunidad, como en muchas otras, viví una situación muy dura, emocionalmente muy perturbadora. Pero no quería soslayarlo, aunque había que encontrar una forma equilibrada, una forma respetuosa de abordarlo; me cuidé mucho de no hacer una explotación amarillista del asunto. Supongo que se trata de eso: de no obviar esos aspectos, pero manejarlos con muchísimo respeto. Otro tema delicado en su vida es el del padre biológico: había una serie de testimonios coincidentes que me llevaron a concluir que Alfredo fue un día a verlo, que

sostuvo una conversación con él —incluso dice: “por este lado tengo unos hermanitos rubios”—. Pero no revelo su nombre porque ¿qué importancia tiene?

Ahí tenés algo que quedó en el tintero...

Revelar su nombre tenía implicancias demasiado duras, removería mucho, y no creo que el hecho puntal de saber si el hombre se llamaba López, Fernández o Pérez fuera tan importante. Al menos no cambiaría sustancialmente una historia que sí es atendida minuciosamente en la biografía. *Cantares del alma* revela, por primera vez, que sí lo conoció, y creo que ése es el aporte. En un momento comparo ‘Explicación de mi amor’ con la ‘Carta a mi padre’, el poema de Estrázulas, porque Alfredo versionó ese texto cambiando algunas estrofas para que se adecuara a las entradas de la música. Hago un contrapunteo entre ambos textos y voy mostrando los cambios. En un momento dice: “Mi padre serás, como fuiste mi padre/ un gameto en la grieta cerrada del tiempo”, y eso Estrázulas nunca lo dice. Allí emerge claramente el tema de su padre, todo su sufrimiento, la ausencia. Todo lo demás es chismografía. También el tema de sus amores es delicado... Me pareció que sólo los amores que cambiaron o tocaron profundamente su vida tenían que aparecer en

el libro. Las ‘aventuras’ no interesaban.

¿Y cómo llega un biógrafo a dimensionar la importancia de una relación? ¿Según qué criterios uno define que eso que la gente suele llamar ‘aventura’ no fue importante?

La dimensión real de las relaciones afectivas de un hombre sólo las puede dimensionar ese hombre. En el libro marco las tres relaciones afectivas fundamentales de Alfredo, según lo que son mis propias conclusiones a partir de los testimonios, las entrevistas, la incidencia en su obra. Claro que no soy el portador de la verdad; puedo haberme equivocado, pero las puertas están abiertas, y serán muy bienvenidos todos los datos que puedan aportar nueva luz sobre éste y otros aspectos de su vida. El otro día me preguntaban: ¿fue feliz Zitarrosa? Y yo les decía ¿cómo puedo saberlo? No es ésa mi función como biógrafo.

¿Cuáles son los otros temas ‘difíciles’, las zonas ‘tabú’ de la vida de Alfredo Zitarrosa?

Yo diría que el intento de suicidio, lo que refiere a sus relaciones amorosas, y su relación con el alcohol.

¿Qué te parece que cambió para que Zitarrosa, que hasta hace no tanto tiempo era una figura que solía ser identificada con cierto sector del público, haya pasado a ser de todos?

La muerte. Básicamente su muerte.

¿No ayudó a eso una coyuntura social y política nueva?

No creo demasiado en eso. La biografía demuestra que mucha gente que durante los 70 era identificada con una ideología claramente opuesta a la profesada por Zitarrosa, eran sus más conspicuos admiradores. Hay muchas anécdotas sobre eso en el libro. Recuerdo ahora la de Ruben Yáñez, el director de El Galpón: contaba que cuando estuvo preso no podía creer que los propios guardacárceles, los hombres que hacían el trabajo más sucio de la dictadura, solían pasearse por los pasillos de la cárcel silbando canciones de Alfredo.

En el plano de la investigación, de la información, ¿cuáles considerás que son los aportes más valiosos de tu libro?

Creo que lo que refiere a toda la eta-

pa anterior al Zitarrosa público. También me parece valioso todo lo que salió a luz sobre su etapa en Perú, y su paso por Bolivia —ese mes y medianoche estuvo en la selva boliviana— era prácticamente desconocido. Lo de Perú es significativo porque se trata de un momento fundamental en su carrera: su debut como cantor. Y ése era un tema oscuro al punto de que se manejan cuatro fechas distintas. Las cartas de allí son muy valiosas: la que le mandó Bécquer Puig, por ejemplo, en donde dice algo así como que estuvo escuchando un disco del viejo Paco Espínola, presencia consoladora entre tantas soledades. Una frase que revela claramente su estado de ánimo en ese momento. La biografía también aporta bastante sobre su paso por Córdoba, y en particular todo lo que refiere a su faceta como compositor. Y eso sí, hasta lo que yo sé, era desconocido por completo. Hasta ahora ha habido nadie que confesara saber algo sobre su incursión en el teatro.

¿Hay alguna zona de su obra que se haya iluminado para ti, a partir de tu propia investigación?

Sí, muchas. Pero me conmovió una historia que relato cuando repaso su paso por el Perú. Alfredo conoció allá a un hombre, César Durand, uno de los mentores de su debut, con quien estableció un lazo afectivo muy importante. Volvió a Montevideo y nunca supo más de César Durand. Más tarde se va a actuar a Córdoba, y allá aparece un chico, rubiecito pequeño, que va a verlo con unos amigos. “Yo soy Christian, el hijo de César”, le dijo. Para Alfredo fue muy conmovedor, una gran emoción, conversaron mucho. Se entera allí de que César había muerto bastante tiempo atrás. Una vez en Montevideo, poco tiempo después, llega una carta cuyo remitente rezaba “Los amigos de Christian”. Le notificaban la muerte del muchacho y le pedían si podría dedicarle una canción. Eso es ‘Niño Christian’. Si la escuchás no entendés bien de que trata. Yo al menos no conocía la historia de esa canción.

M. J. S. y S. F.

Rayuela



Rehermann

El juego de computadora típico consiste en un laberinto que ha de recorrerse mientras se enfrentan diversos peligros, generalmente personajes malvados de aspecto siniestro provistos de armas. Los niveles más bajos permiten que el jugador se familiarice pronto con los recorridos y aspire a complicarse un poco más la vida accediendo a trazados más complejos.

Los juegos de laberinto tienen una historia muy larga, cuyas primeras noticias en la cultura occidental pueden situarse en el ciclo troyano. En *La Ilíada*, se describe el escudo que Hefesto grabó para Aquiles, con innumerables escenas, entre ellas una que describe la danza que "Dédalo concertó en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de rico dote, cogidos de las manos, se divertían bailando [...]" Y Virgilio, en *La Eneida*, cuenta el juego que los más jóvenes realizaron en Sicilia, cuando la errante armada troyana fue empujada por los vientos a esa costa: "Cual en otro tiempo, dicen, el laberinto de la montuosa Creta, con sus mil oscuros e insidiosos recodos, formaba una intrincada madeja, en que todos se perdían irremisiblemente, tal los hijos de los Teucros cruzan y borran los rastros de sus caballos en la carrera, entretejiendo en sus juegos la fuga y la batalla [...]" Y refiere luego cómo los romanos conservaron esa tradición, "y aún hoy a esos esgarceos se da el nombre de Troya, y los muchachos que en ellos toman parte se llaman el escuadrón troyano".

La costumbre de dibujar diagramas

en espiral en el suelo se conservó desde los tiempos del Imperio en las islas británicas, donde hasta hoy se conservan viejos laberintos formados por setos o relieves del suelo, llamados Caerdroia, palabra de origen gaélico de incierta etimología, que significaría "las murallas de Troya".



mología, que significaría "las murallas de Troya".

Los laberintos trazados en el suelo de las iglesias cristianas, que continuaron la tradición romana de los pavimentos de mosaico con ese motivo, dieron origen al juego de la rayuela, que se transmite aún en nuestros días con una fidelidad implacable. El recorrido, en la rayuela, perdió los meandros de los laberintos clásicos, pero conserva la esencia del dédalo: trayecto dificultoso, prosecución de la meta, desafío cada vez mayor. Se parte de la tierra, se llega al cielo, según la simbología de los laberintos medievales, que representaban el recorrido del creyente hacia el reino de Dios.

Sólo una vez en la historia de Occidente los laberintos se mostraron tan explícitamente como en los juegos de computadora de hoy: en la Edad Media, una época con numerosos puntos de contacto con la nuestra. Fueron aquellos tiempos, como los nuestros, de ansiedad por encontrar certezas, de multiplicidad de culturas, de herejías y de cismas. El juego es una forma de entrenamiento para la vida que producen las culturas. La insistencia en generar un modelo inextricable para representar la realidad no es más que una manera de conjurar la inextricabilidad de la realidad a través de un dibujo manejable.

asterion@adinet.com.uy

Liebres



Marosa

Las liebres, pardas y nevadas, cruzan sobre los coches que van por el camino; algunas andan altas como aviones; una acampa cerca de nosotros; le miro los bigotes, las orejas; bajo el labio abierto, los

dientes potentísimos; podría roer todo el prado; pero ella es modesta, se atiene a lo que se cena, a lo que se charla, y cuando todo eso termina, reabre las orejas, y se va, otra vez, al infinito.





Federico Rubio